

VII

He concluido, señores, porque es preciso concluir; jamás el ministerio de la predicacion abrumó tanto la cabeza por la abundancia de la materia, ni oprimió al corazón por el tropel de sentimientos desgarradores que se agolpan lastimando sus fibras más delicadas.

Como un último desahogo, justo é inocente, para gloria de tan gran Rey y de tan gran Pontífice, permitidme, señores, contra las reglas de este género de oratoria sagrada, recapitular, no toda la vida de Pio IX, siquiera la de su pontificado. Sube al primer trono del mundo, no por derecho hereditario ó gentilicio:—la dinastía de los Papas está basada en la más pura democracia, en el mérito, en la virtud, ora se encuentre en un noble, ora en un plebeyo. Sube al sólio pontificio en 1846, cuando el protestantismo y la revolución habían debilitado el principio católico en Europa; cuando apenas se confesaba que el Evangelio podía servir de regla al individuo, pero nunca á la sociedad: error que disfrazado bajo cierta forma política, fascinaba las conciencias vacilantes.

Como si el nuevo Papa se hubiera propuesto combatir ese error, poniendo en evidencia á sus adeptos, los invita á realizar sus promesas de felicidad; y el fruto del primer ensayo que hacen, es el asesinato de Rossi, del primer ministro pontificio. Después de esta hazaña, ¡quién lo creyera! la revolución, con una audacia comparable á la del tentador de Jesucristo en el desierto, hace enérgicos esfuerzos para seducir á su Vicario: “Entonces dió principio, dice un escritor cristiano, la gran misión de Pio IX: acometió á la revolución con vigor inaudito, acusándola ante el mundo de hija de la mentira y madre de la ma-

tanza. Su enemiga entonces montó en cólera y juró el exterminio del Papa y del papado; le usurpó uno á uno todos sus Estados y fué á establecerse en la misma capital, junto al Vaticano; mas á pesar de estos avances, el valeroso príncipe, el ilustre prisionero continuó la lucha día á día, sin tregua, ni descanso.” Depositario de la verdad y su propagador infatigable, anatematizó los principios disolventes de su época, y proclamó los antiguos que debían servir de base á la civilización moderna; formulándolos con asombro y escándalo de los asustadizos, que ignoraban ser las innovaciones de Pio IX las máximas seculares, cuya observancia dió por muchos siglos la paz al mundo. Éste se conmovió; solo el Pontífice, máximo bajo todos aspectos, y que supo ser Rey, cual ninguno otro de su época, permaneció tranquilo y sereno; prosiguió su obra con el apoyo de la Providencia, visible en la prolongación de su reinado, que escede al de todos sus predecesores, y escederá por su fecundidad prodigiosa, á su misma duración. Sí,... al desaparecer del estadio como invencible atleta, ha dejado herida de muerte á su enemiga la Revolución; y al que lo había de reemplazar en el combate, una rica herencia, una lección enseñada heroicamente sobre el arte de vencer al poderoso gigante, con dos armas:—la verdad que debe clavarle en la frente, y la virtud que sostiene el brazo, y da vida é impulso al modelo que presenta el pequeñuelo David con su arma pastoril y misteriosa.

Hé aquí lo que fué Pio el Grande, como soberano y como pontífice. ¡Qué es hoy? ¡Terrible pregunta para los grandes de este mundo; pero de inefable consuelo para los que hemos admirado las virtudes de Pio IX!

VIII

¡Feliz tú, una y mil veces, ilustre Pontífice, cuya alma desde el primer destello de la razón, cerró las puertas á las avenidas de las pasiones; que te horrorizaste del pecado ántes que sufrir sus

terribles estragos; que te prendaste de la verdad sin que jamas una filosofia corruptora inoculase el veneno del error en tu corazon sencillo y puro! ¡Dichoso tú, ilustre soberano, modelo de padres, de reyes y de pontífices, que inspirado siempre por el temor y el amor á aquel Sér incomprendible, por quien y para quien fué hecho cuanto existe, le devolviste, como por un derecho inamisible, todo honor y toda gloria. ¡Feliz!—porque solo tú ignorabas el tamaño de tus virtudes y merecimientos, de tus grandezas y de tus glorias; y porque, con inalterable modestia, cultivaste siempre aquella virtud sublime, la paciencia, que ata los impulsos de la naturaleza y de las pasiones al yugo de la mansedumbre! ¡Feliz tú una y mil veces, que dispuesto siempre al último trance, descendiste al sepulcro sin volver los ojos al mundo; porque cuanto tenias en él, pasó contigo haciendo el viaje misterioso del tiempo á la eternidad, guiado por María, tu ángel, y acompañado de tus virtudes heróicas!

¡Gran Dios! todo esto mitiga nuestro dolor, nos sirve de consuelo y apoya la esperanza de que el alma de nuestro inolvidable y benditísimo Padre, goza ya de la felicidad que teneis reservada á todos los que os aman, os honran y os glorifican! Pero si por vuestros juicios impenetrables, aun se halla detenida en el seno de la última purificacion. . . ¡Dios de misericordia y de todo consuelo! que el sacrificio incruento ofrecido hoy sobre ese altar, y los que se ofrecerán todavía en esta Diócesis, en este país y en el orbe católico, sirvan para abreviar su entrada triunfante á vuestro reino, donde vivirá y reinará con vos por los siglos de los siglos.

REQUIESCAT IN PACE.

AMEN.